

Gonzalo Rojas

## El amor.

### I



**D**E pronto sales tú con tu llama y tu voz,  
y eres blanca y flexible, y estás ahí mirán-  
[dome,  
y te quiero apartar, y estás ahí mirándome,  
y somos inocentes, y la marea roja  
me besa con tus labios, y es invierno, y estoy  
en un puerto contigo, y es de noche.

Y no hay sábanas donde dormir, y no hay, y no hay  
sol en ninguna parte, y no hay estrella alguna  
que arrancar a los cielos, y perdidos  
no sabemos qué pasa, por qué la desnudez  
nos devora, por qué la tempestad  
llora como una loca, aunque nadie la escucha.

Y ahora, justo ahora que eres clara —permíte—,  
que te deseo, que me seduce tu voz  
con su filtro profundo, permíteme juntar  
mi beso con tu beso, permíteme tocarte  
como el sol, y morirme.

Tocarte, unirte al día que soy, arrebatarte  
hasta los altos cielos del amor, a esas cumbres  
donde un día fui rey, llevarte al viento libre de la  
[aurora,  
volar, volar diez mil, diez mil años contigo,  
solamente un minuto, pero seguir volando.

## II

Son las cuatro, y la muerte —esta casa es la muerte—  
ya sube por mis venas, la asfixia  
golpea a mi ventana. Es la hora. Aquí estoy  
esperándote en pie. Yo soy el caballero  
que buscas. No vaciles. Es mi hora.

No tiemblo, aquí me tienes, pero dame un minuto  
de gracia, déjame  
que la aurora le lleve mi beso y, con mi beso,  
una espina de sangre a su boca, el color  
de mi alma a su hermosura  
para que se alimente de mí, y esto que soy  
purifique sus labios más que el carbón ardiendo  
y por sus labios salgan mis llamas cada día.

Mírala. Es cosa frágil, pero yo la elegí  
entre todas las hijas de mujer, como Dios  
a su estrella más pura, para que arda en el viento  
de mi gran desamparo. No parece dormir.  
Ni respirar apenas. Ni estar triste.

Son las cuatro. Es la hora. Dile, oh Muerte, mi adiós.  
Es la que amo: mi espiga delgada y olorosa.  
Su pelo negro crece como un árbol. El mar  
abre una playa entre sus pechos. Mira  
lo que pasa debajo de sus ojos: el tren  
la lleva por un bosque veloz. Está llorando,  
porque no voy con ella.

Son las cuatro, mi Muerte. Sácame de esto ya,  
sube a mi corazón. Estoy contento  
de entrar a ti, de pie, como conquistador  
al mar desconocido.

### III

Mujer: crecemos, nos desesperamos, creciendo,  
oscuros, sin infancia, cada vez más oscuros,  
hacia el único origen inminente  
donde renaceremos, donde tú  
renacerás para mí solo.

Para mí, para nadie  
más que para mis besos, para mis treinta bocas,  
para mi torbellino donde aprendiste un día  
a caer velozmente como una estrella errante:  
mujer, estrella mía, velozmente.

No me obstino en tocarte por sólo enardecerte.  
Tengo experiencia: te amo.  
Tengo violencia: te amo todavía más hondo,  
todavía más lejos que todos los delirios  
y, como ellos, te cobro posesión implacable.

Oh flor única: nadie  
vió en tu naturaleza la libertad del día  
como yo vi. Ninguno  
te supo descifrar, apacible corola,  
maternidad profunda.

Madre del hombre, madre de los sueños del hombre,  
poseída, preñada por el furor del hombre,  
por la inocencia, por el desamparo  
del hombre.

Mujer, el tiempo pasa. Yo soy un hombre. Tú  
eres una mujer. La poesía  
es nuestra sangre. Todo  
lo que pueda decirse de nosotros es eso,  
y algo más que es inútil  
repetirlo.

## IV

Unos meses la sangre se vistió con tu hermosa  
figura de muchacha, con tu pelo  
torrencial, y el sonido  
de tu risa unos meses me hizo llorar las ásperas espinas  
de la tristeza. El mundo  
se me empezó a morir como un niño en la noche,  
y yo mismo era un niño con mis años a cuestras, por las  
[calles, un ángel  
ciego, terrestre, oscuro,  
con mi pecado adentro, con tu belleza cruel, y la jus-  
[ticia  
sacándome los ojos por haberte mirado.

Y tú volabas libre, con tu peso ligero, sobre el mar,  
[oh mi diosa,  
segura, perfumada,  
porque no eras culpable de haber nacido hermosa, y  
[la alegría  
salía por tu boca como vertiente pura  
de marfil, y bailabas  
con tus pasos felices de loba, y en el vértigo  
del día, otra muchacha  
que nacía de ti, como otra maravilla  
de lo maravilloso, me escribía una carta profundamen-  
[te triste,  
porque estábamos lejos, y decías  
que me amabas.

Pero los meses vuelan como vuelan los días, como  
[vuelan  
en un vuelo sin fin las tempestades,  
pues nadie sabe nada de nada, y es confuso  
todo lo que elegimos, hasta que nos quedamos  
solos, definitivos, completamente solos.

Quédate ahí, muchacha, párate ahí, en el giro  
del baile, como entonces, cuando te vi venir, mi rara  
[estrella.

Quiero seguirte viendo muchos años, venir  
impalpable, profunda,  
girante, así, perfecta, con tu negro vestido  
y tu pañuelo verde, y esa cintura, amor,  
y esa cintura.

Quédate ahí. Tal vez te conviertas en aire,  
o en luz, pero te digo que subirás con éste y no con  
[otro,  
con éste que ahora te habla de vivir para siempre,  
tú subirás al sol, tú volverás  
con él y no con otro, una tarde de junio,  
cada trescientos años, a la orilla del mar,  
eterna, eternamente, con él, y no con otro.